

IX FERIA DEL LIBRO

DURANTE nueve días han abierto sus portillos, con mayor o menor puntualidad, mañana y tarde. Durante nueve días han alzado sus estructuras, verdes y blancas, como los colores de la vieja bandera de los andalucistas, que allá por la segunda década del presente siglo agruparon en torno a la preeminente figura del notario Blas Infante, hombre de bien, asesinado en 1936; blancas y verdes, igual que la primitiva bandera de Andalucía, alzada por vez primera en la Giralda, allá por el año 1198. Idénticos colores también a los del histórico Real Betis, club de los *manquepiedra*, regido desde hace algunos años por prepotente industrial sevillano.

Ahí han estado las casetas verdes y blancas —cincuenta en total—, que este año, como los anteriores, desde que se iniciara este festejo del libro, se han arracimado en la cuadrículada y decimonónica plaza Nueva, alrededor del deslucido y poco afortunado monumento del santo Rey Fernando III, lugar de cita durante casi todo el año de ciertos grupos de jóvenes *progres* y otros que lo son menos, aunque intenten tal apariencia.

Debido quizá a ser uno de los lugares más contaminados de la vieja urbe del Sur, el aroma del azahar se ha percibido con menor intensidad en los días que ha durado la Feria, lo que ha hecho contar con un elemento menos a los apologistas de este batiburrillo librero que, con más pena que gloria, hace ya nueve años que malvive.

Pero si el azahar ha pasado un tanto inadvertido, el agua, puntualmente como en otras ocasiones, ha servido para abrir la Feria, comenzando a caer en el instante mismo en que era inaugurado el certamen oficialmente. La frase de Manuel Barrios —mejor que rogativas para que llueva, deberían convocar ferias del libro— también ha tenido vigencia en esta novena edición.

Entre todas las que se celebran en España, la Feria del Libro de Sevilla es la que rompe el fuego. Podría pensarse que al igual que sucede con los toreros —que son contratados a partir de su éxito en la Feria de abril—, con respecto al lanzamiento de libros, esta Feria podría ser excelente acicate para la aparición de novedades editoriales. No es así, sin embargo, entre otras razones porque el toro y su fiesta corresponde a un contexto sociológico opuesto en muchos casos al libro, aparte de que los potentes editores de ese *eje cultural* que conforman Madrid y Barcelona, han de pensar a buen seguro que no es precisamente Sevilla plaza o foro para la aparición de libros, ni su público —por aquello del subdesarrollo— el mejor catador en tal materia.

Y de poder haber sido rampa

de lanzamiento de *novedades editoriales*, con los determinados incentivos que ello hubiera reportado, la Feria del Libro de Sevilla queda tan sólo como un intento, un tanto desangelado, de promocionar durante unos días —mejor sería decir *intentar* promocionar— la costumbre del público por acercarse a la cultura impresa y romper esa barrera invisible, pero latente en muchos español-

los, el Comité de la Feria había programado diversos actos en los salones de cierta entidad bancaria ubicada en la plaza Nueva, consistentes en una intervención de los catedráticos López Estrada y Collantes de Terán, un coloquio a cargo de narradores sevillanos, una reunión poética, a más de la presentación de cuatro premios de poesía del Grupo Angaro. Todos estos actos, y ante el asombro de los que estaban al tanto de la idea —que el público prácticamente ni ha tenido noticia de ello—, fueron suspendidos por la autoridad competente, hecho que, por lo cotidiano en los últimos tiempos, ya viene a resultar normal.

Ante tal abulia, algunos escritores más o menos «progres», ciertos libreros y algunos hom-

Fernando Alvarez Palacios

tos, de traspasar el umbral de una librería.

Más a la vista de que, hasta ahora, la dichosa barrera no tiene trazas de romperse, y de que los incentivos de la Feria no resultan lo suficientemente enjuiciados para hacerse ilusiones participativas, el certamen queda, para muchos de los comerciantes que participan en el mismo, como parche comercial para reconstruir en algo una economía que pugnará por sobrevivir los restantes meses primaverales, en los que, debido a las fiestas típicas de la época —Semana Santa y Feria—, las economías locales se desinflan considerablemente.

La Feria del Libro en Sevilla, en ciertos aspectos y en sus primeros años, fue un tanto potenciada a partir de unas determinadas apetencias culturalistas del Ateneo sevillano. Entonces nació el Premio Platero, que otorga todos los años el Comité de la Feria, tanto al escritor más vendido —en el mejor sentido del término— como al periodista que me-

bres que se interesan por el hecho cultural, han venido clamando en este desierto que para las manifestaciones de este tipo es Sevilla, en el sentido de intentar llevar a la plaza Nueva algunas actividades conexas con la Feria del Libro. Y así se ha hablado en la prensa en más de un momento —en cierta prensa, al menos— de realizar charlas, mesas redondas, representaciones de teatro de guiñol, presentaciones de libros, etc., en un ambiente de convivencia, intercambio de ideas con autores que vienen de fuera, contactos con el público y otros actos que hicieran desaparecer en alguna medida las barreras que las expresiones artísticas y culturales tienen impuestas entre los hombres que producen una muestra artística y el público.

A tal fin, y a falta de escritores foráneos de altura que nos visitaran —recordemos que la presencia de Vargas Llosa el año pasado fue un auténtico acontecimiento, tanto a escala de divo como en su contacto con la Univer-

sidad—, el Comité de la Feria había programado diversos actos en los salones de cierta entidad bancaria ubicada en la plaza Nueva, consistentes en una intervención de los catedráticos López Estrada y Collantes de Terán, un coloquio a cargo de narradores sevillanos, una reunión poética, a más de la presentación de cuatro premios de poesía del Grupo Angaro. Todos estos actos, y ante el asombro de los que estaban al tanto de la idea —que el público prácticamente ni ha tenido noticia de ello—, fueron suspendidos por la autoridad competente, hecho que, por lo cotidiano en los últimos tiempos, ya viene a resultar normal.

Y mientras esto sucede, algunas fuerzas vivas hablan, con cierto reproche en sus palabras, de que la Feria no funciona como debería, que se está convirtiendo en un mercadillo del libro, cuya única intención es vender.

Ello es evidente, y así lo admiten muchos de los profesionales que llegan con su mercancía a esos puestos improvisados de verde y blanco, por cuya utilización pagan sus buenas pesetas. Por tanto, y a falta de ayudas de cualquier tipo, la Feria se convierte en lugar de simple transacción comercial, con los incentivos que los mecanismos del capital pone en movimiento una vez clarificado el objetivo de la acción que se realiza. Si a ello unimos los grandes males que atosigan al librero —aparte de la competencia de las editoriales y los placistas—, cuales pueden ser la falta de especialización, incapacidad económica, escasa profesionalización, e n t r e



Entre todas las que se celebran en España, la Feria del Libro de Sevilla es la que rompe el fuego.



«¡Por primera vez en España, libros de la Unión Soviética!».

otros, se hace evidente que certámenes de este tipo se convierten en zoco o mercadillo, y todo lo que se refiera a promoción cultural —conceptos que tanto se utilizan y manipulan en muestras de este tipo— no vienen sino a resultar intentos de dorar pillores, de disfrazar la realidad.

Confieso, no obstante, que algunos de los incentivos utilizados pueden promover sorpresa, y sorpresa ha sido el encontrarme uno de estos días en la plaza Nueva con «slogan» que más puede sonar a publicidad circense que a promoción de un libro. Una educada señorita, con andaluza voz que trata de mixtificarse con prestada dicción castellana, exclama cada dos por tres —y cada

cuña, según tengo entendido, cuesta 100 pesetas— para conocimiento de propios y extraños: «¡Por primera vez en España, libros de la Unión Soviética!».

El recuerdo reflejo revitalizó zonas de la memoria donde quedara archivado otro grito similar para anunciar la presencia en la Feria de abril del Gran Circo de Moscú.

En otro instante, una curiosa panda de jóvenes se desparrama de golpe entre las casetas, preguntando a diestro y siniestro: «¿Prefiere a Jenofonte o a Protágoras?». No se trataba, en modo alguno, de encuesta para determinar el grado de cultismo del público existente. Tan sólo, localizar a determinada persona que esta-

LOS LIBROS MAS VENDIDOS

Según el diario "ABC", en su edición del 11 de marzo, los libros más vendidos en la IX Feria del Libro de Sevilla han sido los que se citan a continuación. El diario sevillano hace indicación expresa de que "esta relación ha sido confeccionada con la suma total de los datos facilitados durante la IX Feria Nacional del Libro por determinado número de casetas de editoras, distribuidoras, librerías y grandes almacenes".

1. "Guía secreta de Sevilla", de Antonio Burgos.
2. "Las ferias de Sevilla", de Nicolás Salas.
3. "El Locamerón", de José Antonio Garmendia.
4. "Confieso que he vivido", de Pablo Neruda.
5. "El exorcista", de William P. Blatty.
6. "Autobiografía de Blanco White", edición de A. Garnica.
7. "Semana Santa en Sevilla", del padre Federico Gutiérrez.
8. "Visión de Sevilla", de Francisco Morales Padrón.
9. "El bisturi", de José María García.
10. "Antigüedades y casos raros de Sevilla", de José María de Mena.

CUADRO NUM. 1

SUPUESTO 1:

SUPUESTO 2:

	Pesetas	Pesetas	Pesetas	Pesetas
Venta total		100.000	200.000	
10 por 100 descuento	10.000		20.000	
Alquiler caseta	6.000		6.000	
Salario un ayudante	3.600		3.600	
Total gastos	19.600		29.600	
30 por 100 beneficio sobre venta total		30.000	60.000	
Beneficio líquido en nueve días Feria		10.400	20.400	

ba en el secreto del asunto y daría la respuesta clave. En resumidas cuentas, prueba puntuable para no sé qué raille encuadrado en concurso de una emisora local.

Por vender se intenta vender todo, desde lujosas encuadernaciones —para ello está el placista con sus hasta dieciocho meses sin entrada— hasta el simple tebeo o la insignia de latón. Y es que

la competencia es mucha, no se olvide que España cuenta con 6.000 librerías, aproximadamente el doble que el Japón, quien ostensiblemente nos aventaja en cuanto a habitantes se refiere. Sevilla, con más de 30 librerías, quizá se encuentre saturada de puntos de venta, sobre todo si se tiene en consideración los factores subdesarrollistas que gravitan ▶

ALIANZA
EDITORIAL
EL LIBRO
DE BOLSILLO

HISTORIA
DE LAS IDEAS
SOCIALISTAS

George Lichtheim

Breve historia del socialismo

LB * * * 563, 200 ptas.

Isaiah Berlin

Karl Marx

LB * 441, 120 ptas.

Edmund Wilson

Hacia la estación de Finlandia

LB * * * 425, 200 ptas.

Socialismo utópico español

Selección de Antonio Elorza

LB 268, 80 ptas.

Sébastien Charléty

Historia del sansimonismo

LB * 212, 120 ptas.

Edward H. Carr

Estudios sobre la revolución

LB 134, 80 ptas.

Albert Ollivier

La comuna

LB 45, 80 ptas.

SEVILLA: IX FERIA DEL LIBRO

sobre el sector como muestra o complemento de unas situaciones estructurales de auténtico colonialismo por las que atraviesa Andalucía a todos los niveles desde hace ya demasiado tiempo.

Ciertamente, el concurrir a la Feria no es ninguna ganga ni favor que el INLE propicia graciosamente a los libreros sevillanos. Estas casetas verdes y blancas que vienen desde Madrid cada año, y que son adjudicadas en la capital, de acuerdo con las solicitudes que en su momento se formulan, tienen un precio de alquiler que va de las 6.000 pesetas a librerías, a 18.000 para editores y distribuidores. Si hacemos números, de acuerdo con los datos de este año, vendrá en observarse que el alquiler de las casetas ha supuesto al INLE unos ingresos superiores a las 600.000 pesetas. De acuerdo que de esa cantidad habrán de deducirse gastos de transportes, montaje y desmontaje; más, de todas formas, de esas 600.000 pesetas deben quedar algunas de beneficio. Y a la vista de que las casetas tienen más de un año —y de dos—, difícil se hace pensar en amortizaciones de capital invertido, menos aún cuando estas casetas recorren muchas Ferias del Libro en España cada año.

Aparte del gasto ya indicado, el expositor deberá sufragar su parte en el seguro colectivo contra incendios, así como publicidad y otros de diverso tipo. Justificable —hasta cierto punto al menos— es que algunos libreros acepten subvenciones de editoriales, a condición de destinar parte de su «stand» al fondo del mecenas correspondiente, ya que la Feria no ofrece tan grandes negocios, a pesar de estar proyectada como tal. El cuadro 1 quiere servir de apoyatura a cuanto indico, y que conste que el primer supuesto está más cerca de la realidad que el segundo.

Respecto a escritores de fuera, pocos han pisado este año la Feria. Confieso que, a mí entender, esa firma de libros a troche y moche a que se ven sometidas determinadas figuras poco tiene que ver con la función del escritor en la sociedad, más sometido a los mecanismos de la estructura capitalista, el escritor no sólo tiene la obligación de cortar el traje —en este caso, escribir el libro—, sino que también ha de ayudar al comerciante a vender la mercancía.

Seguramente por estas razones y otras que se derivan de encontrarse en su propio terreno, los escritores locales son los que este año han hecho el agosto a la hora de darle al bolígrafo, y mucho que se ha notado su presencia al recuento de los libros vendidos, según puede observarse en la lis-

ta «best-sellers» de esta Feria. Entre estos escritores, uno de los más feriantes —dicho con buena intención— viene a ser Garmendia —actual director de la revista «Campo», preñada de expedientes administrativos en los últimos tiempos—, obseso dibujante de personajes medallísticos —no muy del agrado de ciertas fuerzas vivas hispalenses—, quien prepara expreso un libro para cada Feria y que este año ha tenido que explicar constantemente el porqué de esas hojas pegadas a su libro, en sustitución de otras no muy del agrado de la tijera censora.

Si hemos de detenernos a considerar un esfuerzo editorial para lanzamiento en esta IX Feria del Libro, habremos de pensar en el Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, que ha puesto a disposición del público auténticas novedades, entre otras la «Autobiografía de Blanco White», en edición de Antonio Garnica, o el sorprendente volumen dedicado a Manuel Machado, obras éstas de las que sería conveniente hablar en otro contexto.

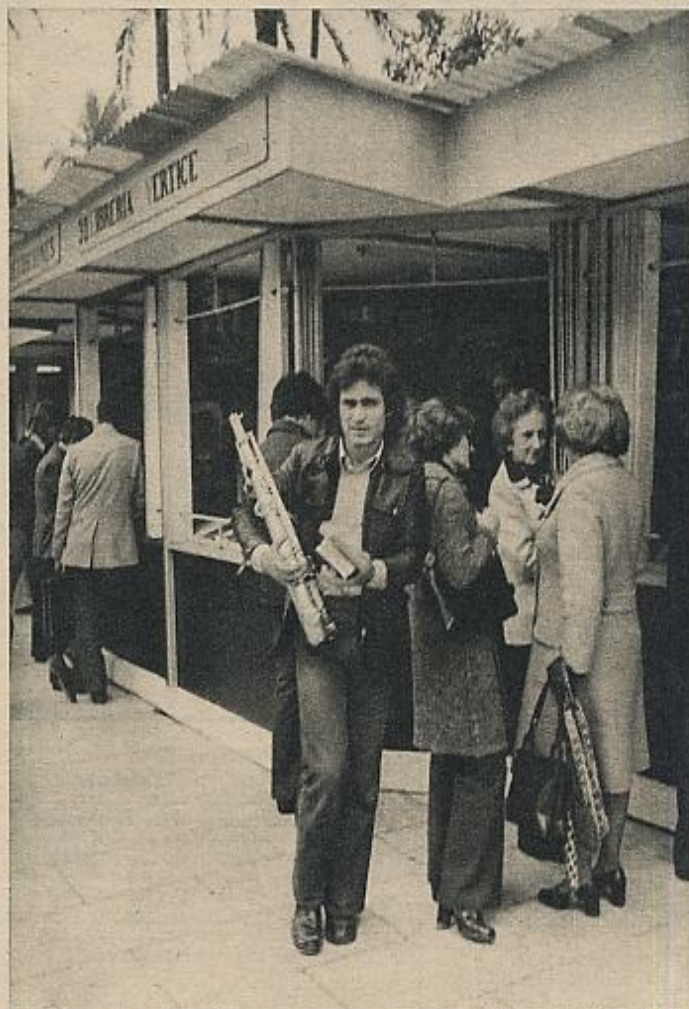
Ya la Feria del Libro sevillana ha quedado atrás, finalizada con bostezos en las últimas horas del

pasado día 9, cuando un público diferente, compuesto principalmente por familias medias, que presentaba su obligación de la reglamentaria vueltecita con la prole.

Demasiados días quizá, demasiado cansancio debido a tantas horas muertas, cierto desangelado talante acrecentado por el cierre anticipado de casetas —las del Ayuntamiento y el Ministerio de Agricultura, que alguien ha entendido como una desatención más de los entes oficiales hacia la Feria—.

Podría ser momento de pensar en una estructuración diferente, unos diferentes incentivos, unos cauces diferentes para que la Feria del Libro no quede tan sólo en cambiar el escaparate de la librería. Pero, para ello, ahí está el INLE, padre de la criatura.

Imaginar cosas para la Feria del Libro en Sevilla no es tan difícil, en última instancia, si de verdad existe interés en adecuar una nueva fisonomía a ese bati-burrillo librero encuadrado en casetas verdes y blancas alrededor de la estatua ecuestre del Rey Fernando III, guerrero, santo y patrón de la ciudad. ■ F. A. P. (Fotos: ESCAMILLA.)



Por vender, se intenta vender todo, desde lujosas encuadernaciones hasta el simple tebeo o la insignia de latón.